

Vicenç Pagès Jordà
Carta a la reina
de Inglaterra



algar joven

*Cárcel de *****, Inglaterra*
Finales del siglo XX

Reina de Inglaterra
Buckingham Palace
SW1 Londres

Majestad:

Una sucesión de errores funestos me ha recluso en una cárcel de máxima seguridad de vuestro reino. Os escribo estas líneas, inmerso en la desesperación, para que consideréis la posibilidad de interceder en mi favor.

Reconozco que he tenido una vida singular. Me atrevo a pedirlos, si os place, que no abandonéis la lectura de estas páginas movida por un lógico sentimiento de incredulidad. Todo lo que he escrito es tan cierto como el doble muro que rodea esta cárcel: el que ha levantado el Estado y el que ha construido mi propia inconsciencia. A continuación os expongo las razones que me han llevado a

esta situación, sobre la cual, desgraciadamente, ya se ha dictado sentencia firme.

I

Hace unos mil años yo trabajaba de herrero en el condado de Cerdaña, al sur de los Pirineos. Había aprendido el arte de la forja en el taller de mi padre, y el trabajo no me disgustaba. De hecho, en aquella época no había mucho margen para escoger la manera de ganarse la vida. Yo estaba destinado a suceder a mi padre en el oficio, ya que todos mis hermanos habían muerto sin haber llegado a cumplir ni un año. También estaba destinado a considerar el trabajo de herrero como un privilegio dentro de aquel mundo de cosechas pobres y de tanta gente sin medios para salir adelante. Mi futuro parecía escrito.

Mi madre murió de parto cuando yo nací y mi padre no quiso ensuciar su memoria —esas eran sus palabras— con otra mujer. Cada cuatro o cinco años nos trasladábamos a otra aldea, siempre dentro del condado de Cerdaña. Cuando habíamos instalado la fragua, los labradores nos encargaban piezas de hierro para hacer almocafres, azadas, hachas y otros

utensilios del campo. Sin embargo, la mayor parte de nuestro trabajo provenía de los nobles y de los monjes, que nos pedían cuchillos, cizallas, layas, llaves y todo tipo de aperos de hierro. El día que habíamos cumplido todos los encargos, cargábamos las herramientas en el carro y viajábamos por caminos conocidos hasta que encontrábamos otro lugar donde pudiésemos resultar útiles. Mi padre era cojo y viajaba encima del carro; yo conducía el ganado.

Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me enseñó a fabricar espadas. Él había aprendido la técnica de mi abuelo, quien la había aprendido de mi bisabuelo, y así sucesivamente hasta un oscuro antepasado que, según todos los indicios, debía de ser de origen germánico. A partir de entonces dediqué una gran parte de mi tiempo libre —que no era muy abundante— a forjar un arma que tenía que ser única en el mundo: mi espada.

Vale la pena que me entretenga en describir brevemente su proceso de fabricación, puesto que esta espada fue la causa directa del cambio repentino que experimentó mi vida y de todo lo que me ha pasado hasta hoy. La parte interior de la hoja estaba hecha con una vara de acero más fuerte que ningún otro mineral conocido, que me proporcionó mi padre.

Él la llamaba «piedra del cielo» y nunca me quiso explicar dónde la había conseguido. La parte central estaba rodeada de láminas de diferentes aceros conocidos, hierros dulces y minerales cortantes, combinadas según la tradición familiar. Las láminas se tenían que ajustar con mucha paciencia, para después unir las con el fuego y el martillo y torcerlas con el objetivo de aumentar su cohesión. Mi padre me repetía que cuanto más golpease las láminas, más poder tendría la espada. Yo seguía trabajando hasta que me quedaba dormido encima del yunque.

Entre la búsqueda de los minerales, el transporte, la forja y el afilado de la punta, trabajé aquella pieza durante siete años. El proceso incluía consagraciones a los astros y lecturas de textos en lenguas desconocidas. Eran ingredientes constitutivos de la espada mi saliva, mi sangre y mi sudor.

El doble filo acababa en una punta ligeramente redondeada. La empuñadura, corta y de cruz sencilla, estaba coronada por un pomo abombado. En la fabricación de esa arma fuerte y ligera apliqué todas las técnicas conocidas del oficio de herrero. Luego, la espada fue superando sin problemas las diferentes pruebas de fuego. Cuando solo faltaba una, la saqué del taller para contemplarla bajo la luz del sol. Brillaba como si tuviera vida propia.

Entonces yo era muy joven y explicaba a todos los que me quisieran escuchar que estaba forjando la espada más poderosa de la cristiandad. La noticia no tardó en llegar a Arnulf, uno de los caballeros que luchaban a sueldo del conde. Los caballeros medievales tenían un concepto muy idealizado de sí mismos, pero en realidad eran (como supongo que sabéis, Majestad) lo que hoy llamaríamos mercenarios, soldados profesionales al servicio de los potentados. Esos caballeros estaban tan lejos de la imagen que tenemos ahora de ellos como los pistoleros que conocí en Colorado poco antes de la guerra de Secesión lo estaban de los que vemos en las películas del Oeste. Pero permitidme retomar el hilo. Cuando Arnulf, el cabecilla de los ladrones y asesinos del condado de Cerdeña, oyó hablar de mi espada, le faltó tiempo para presentarse en la fragua.

—¿Cuánto pedís por la *spata ignea*?

—Es de mi hijo y me parece que no la quiere vender.

Arnulf me miró como se mira a un esclavo. Con un gesto me indicó que la quería ver, y yo se la mostré.

—Te la compro por diez sueldos, muchacho.

—Todavía no está acabada, pero en todo el mundo no hay sueldos suficientes para comprarla, señor —le respondí.

–Ya hablaremos –refunfuñó a modo de despedida.

Al día siguiente llegó un mercader al pueblo. Era alto, muy alto. Tenía la cabeza larga y estrecha, orejas y pómulos notables, y los ojos saltones. Llevaba una barba recortada, que parecía surgirle del pelo negrísimo y rizado. Vestía una capa elegante y gastaba el dinero con generosidad. Por la tarde se presentó en la fragua.

–Joan, tengo entendido que estás fabricando una espada de gran valor.

La sonrisa del mercader contrastaba con el tono de su voz, tan desdeñoso que parecía escupir piedras.

–No está en venta, señor –le respondí, mientras intentaba comprender quién le podía haber dicho mi nombre.

–Aún no has oído mi oferta...

–No hay nada que pueda comprarla, señor, os lo aseguro.

–Ya veremos.

Cuando el mercader se fue, todavía llevaba la sonrisa maliciosa dibujada en los labios.

No di la importancia que se merecían ni a Arnulf ni al mercader. La espada no era lo único que me ocupaba el pensamiento. Estaba profundamente

enamorado de Emma, una muchacha de facciones delicadas y cuerpo rotundo que servía en el castillo del conde. Más de una vez nos habíamos jurado que nos amaríamos toda la vida. Una noche, después de contarle por encima la visita de Arnulf, me advirtió que tuviese cuidado con aquel caballero. Según ella, siempre obtenía todo lo que quería y no vacilaba en matar por la espalda si así podía conseguirlo. Yo dije alguna ocurrencia para hacerme el valiente y cambié de tema.

Transcurrieron unas cuantas semanas. La actividad constante en la fragua hacía que el tiempo pasara sin prisa ni angustia. El día que la espada superó la séptima y última prueba de fuego, la envolví en un saco y me la llevé para enseñársela a Emma. Me molestó que no apreciara aquella arma magnífica. Tengo que aclarar que mi experiencia con las mujeres era insignificante a principios de milenio. Con el tiempo me di cuenta de que el desprecio de las posesiones materiales es una de las virtudes femeninas más escasas –tal vez pienso así porque cuando me convertí en un hombre rico dejé de atraer a mujeres sinceras–. El caso es que entonces no supe calibrar aquella actitud de Emma. Cuando nos despedimos, al atardecer, le escatimé las muestras de afecto a que la tenía acostumbrada.

Recién acabada, la espada ya había empezado a causar desgracias. Me encontré con el taller destrozado y patas arriba, y mi padre malherido en el suelo, al lado de las tenazas. Había recibido un fuerte golpe en la cabeza y tenía todo el cuerpo herido y magullado. Su sangre se mezclaba con la escoria del hierro.

–Arnulf... Huye, Joan... Vete lejos.

Murió en mis brazos. Pese a la rabia que sentía, yo solo no me podía enfrentar a las tropas del mercenario. En un momento había perdido la familia, el trabajo y el futuro. Oí un ruido de caballos y hui por el bosque sin siquiera dar sepultura a mi padre. Solo me llevé la espada.

Caminé toda la noche, huyendo de los caminos conocidos. A la mañana siguiente llegué agotado al pie de una montaña donde sabía que manaba una fuente. Sentado sobre una piedra, como si me estuviera esperando, encontré al mercader que me había querido comprar la *spata ignea*.

–Buenos días, Joan. Bebe, que tenemos que hablar.

Bajo la luz del sol, me pareció por segunda vez que el mercader expulsaba piedrecillas por la boca mientras hablaba. Saqué la espada y la dirigí hacia aquel cuello largo que me inspiraba aprensión.

–Apartaos de la fuente, señor, y situaos en un lugar donde os pueda ver.

El mercader se retiró y pude acercarme al manantial.

–¿Y bien...? –dijo él una vez que hube calmado la sed.

–Y bien..., ¿qué?

–No sabes adónde ir, hace horas que no comes y no tienes ni una sola moneda. ¿Todavía estás seguro de que no me quieres vender la espada?

–Lo que yo quiero, no lo tenéis.

–Yo tengo todo lo que quieras.

Cuando, con un solo movimiento, el mercader se desprendió de la capa, vi que tenía el cuerpo recubierto de escamas de un verde viscoso. La columna vertebral se le prolongaba en una cola puntiaguda que se movía como una culebra de agua. Hoy en día, cualquier persona que declarase haber visto al diablo sería considerada víctima de alguna anomalía mental, pero en el siglo XI el diablo era una entidad real. Cuando menos, Majestad, tan real como lo son hoy los electrones o los cuarks: nadie los ha visto, pero todo el mundo cree en su existencia. La contemplación del diablo me produjo un miedo concreto –nada parecido al que puede producir una sugestión– que se me propagó por

todo el cuerpo en forma de escalofrío, exactamente igual que si me hubiera encontrado un oso enfurecido o un soldado apuntándome con una lanza. Ni se me pasó por la cabeza negar la existencia del diablo: en aquel momento lo veía con mis propios ojos y percibía con la nariz su aliento hediondo. Con solo que hubiera dado un paso hacia delante habría podido tocarlo.

—No te preocupes —continuó él—, no te quiero hacer ningún daño. Solo me interesa tu espada. A cambio, te concederé tres deseos.

Hasta entonces mi padre me había servido de escudo ante las dificultades, pero justamente el día antes, cuando él agonizaba, me había dado cuenta de una de mis características más útiles: debo mi supervivencia a la capacidad de conservar la cabeza fría ante las adversidades. La muerte de mi padre todavía me escocía, pero los sentimientos quedaban ocultos bajo la razón, que me decía que era peligroso desaprovechar una oportunidad como aquella.

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Sí, excepto multiplicar los deseos, devolver la vida a los muertos y formular peticiones relativas a mí o a alguno de mis Amigos de la Noche.

—De acuerdo, pero quiero poder concretar y matizar mis deseos, no vaya a ser que me engañes.

–Puedes matizar todo lo que quieras, siempre y cuando me demuestres primero que la espada es tan poderosa como parece.

Mi padre me había explicado que una buena espada puede matar al diablo. El hierro es hijo del hombre, y el demonio es hijo del fuego. Por eso los herreros, que dominan el fuego, pueden dominar al diablo. Esa era la razón por la cual aquella criatura verde no había intentado quitarme la espada con malas artes.

–¿Cómo te lo puedo demostrar?

–Ven conmigo.

Lo seguí hasta el centro de un claro, donde el diablo tenía preparado un yunque de hierro el doble de grande que el que utilizábamos en la fragua.

–Una buena espada tiene que partir un yunque de un solo golpe –dijo mientras se apartaba.

No podía sino levantar la espada por encima de la cabeza y abatirla sobre el yunque. Concentré todas mis fuerzas en los músculos de los brazos, imaginándome que descargaba el golpe sobre Arnulf.

Una oleada de placer me inundó cuando el yunque se partió por la mitad al primer golpe.

–Bien, muy bien –dijo el diablo, visiblemente complacido–. La fuerza del metal es importante, pero todavía lo es más la agudeza del filo. Acompáñame.

Regresamos a la fuente y seguimos el arroyo hasta llegar a una balsa que parecía profunda. El diablo dejó caer un mechón de lana, que quedó flotando.

—Si cortas este mechón sin sacarlo del agua, me convenceré de que tienes la espada que quiero.

Solo yo sabía las noches que me había pasado amolando y afilando aquella arma. Con un golpe seco la dejé caer sobre el mechón de lana y lo partí por la mitad.

La mirada que dirigió el diablo a la espada traslucía una mezcla de miedo y admiración.

—Ya puedes decir los tres deseos, Joan.

Una vez más, la desesperación me hizo audaz: era el momento de aprovechar mi ventaja.

—Necesito descansar y reflexionar. Te diré mis deseos mañana a la salida del sol.

El diablo accedió a que así fuera.

Pasé la noche en blanco. La primera decisión, vender la espada al diablo, la tomé sin dudar. Si me negaba, tendría que luchar contra él, y aun cuando la espada fuera lo suficientemente poderosa como para matarlo, yo no tenía tanta destreza como para vencerlo en un combate. Por otra parte, en aquel momento de extrema penuria y confusión, la idea de los tres deseos me era atractiva. Durante horas medité sobre lo que tenía que pedir.

Si ahora pudiese volverlos a formular, cambiaría sin dudar el contenido de cada uno de ellos.

A la mañana siguiente, una fina capa de niebla cubría las copas de los árboles. El sol apenas se insinuaba cuando encontré al diablo en la fuente vestido de mercader. Me fijé en que tenía las manos finas, de dedos largos, como si no hubiera trabajado nunca.

–Mi primer deseo es ser inmortal.

–Concedido.

–Un momento. Ya te dije que quería concretar todos los deseos. Quiero mantenerme toda la vida con estos veintitrés años que tengo ahora, sin padecer ninguna enfermedad, herida ni mutilación. Quiero ser inmortal, pero sin conocer el dolor físico ni los achaques de la vejez. Quiero mantener la memoria y el vigor, la fuerza y el juicio, así como el resto de las condiciones mentales y físicas de las que hoy disfruto, para siempre.

–Muy bien –dijo el diablo.

–Mi segundo deseo es que cada vez que ponga la mano en mi bolsa saque de ella todo el oro que quiera.

–Ya está hecho.

–Espera. Quiero que solo yo pueda sacar las monedas de la bolsa, y aun únicamente cuando yo

quiera. Quiero que estas monedas sean de curso legal en el territorio donde me encuentre, y del importe que yo desee en ese momento. Quiero que no parezcan falsas ni recién acuñadas. Y quiero que la bolsa no se haga vieja con el tiempo. ¡Ah!, y que nadie me la pueda quitar.

—Concedido. ¿Cuál es el tercer deseo?

El diablo ni me miraba. Concentraba la mirada ávida en la espada, y estoy convencido de que me habría concedido el trono del infierno si se lo hubiera pedido.

—El tercer deseo me lo reservo hasta que lo necesite. No puedo ni imaginar todo lo que me pasará a lo largo de los años que me esperan. Ya que soy inmortal, dentro de unos cuantos milenios espero tener suficiente sabiduría y experiencia para gastarlo de la manera más conveniente. Además, me puede resultar útil en caso de necesidad.

—Es un deseo singular, pero no veo ningún motivo para negártelo —dijo el diablo—. Concedido. Ya me puedes dar la espada.

—Aquí la tienes.

Cuando empuñó el arma, el diablo soltó una risotada siniestra y desapareció.